

cia de Dios, y en presencia de Dios, declaro que es incomparable (1).

¡Estupenda noticia! Roberto Montgomery escribe á Longman que la paciencia humana tiene sus límites. Puesto que la resignación y la fortaleza cristiana de un cuarto de siglo no han hecho mella en el duro corazón y en la embotada conciencia de Mr. Macaulay, un poeta injuriado debe apelar á las leyes de su país, las cuales le proporcionarán, sin duda, una reparación tanto más señalada cuanto más ha tardado él en pedirla. Le apalabro á usted. Dese por comprometido. usted elegirá su segundo. Yo no he de poner á nadie sobre usted en esta causa. ¿Querrá él entablar demanda criminal? ¡Figúrese usted á Jack! (2). Profeso el mayor respeto al eminentísimo poeta que formula la querrela y al eminentísimo crítico contra quien la formula. Debe ser muy satisfactorio para Mr. Montgomery haber tenido ocasión de rechazar bajo juramento la imputación de que escribe absurdos. Pero no es práctico de este tribunal admitir querrelas criminales contra libelos que han circulado por el mundo durante un cuarto de siglo...

En la primavera de 1853 la perspectiva de la visita de Mrs. Beecher Stow á Inglaterra traía algo intranquilos á los hombres eminentes que estaban seguros

(1) «Roberto Montgomery (dice Macaulay en su Diario) ha escrito pidiendo que se le quite de la picota. Jamás, con mi consentimiento. Es el escritorzuelo más tonto de mi tiempo; y el que su libro se venda entre cierta clase de público es una razón para que quede consignada mi protesta. Además me ha calumniado, y no quiero que se crea que el miedo me arranca concesiones.»

(2) Es de temer que aluda tan familiarmente nada menos que á lord Campbell.

de ser objeto de la observación de la escritora y de verse en su libro de viajes.

16 de Marzo de 1853. — Comida, después de un largo intervalo, en Westbourne Terrace. Gladstone, lord Glenelg y Goulburn. Hubo mucha risa acerca de Mrs. Beecher Stow y de lo que habíamos de darle. Yo remití á las señoras á los poemas de Goldsmith para que supiesen lo que daría. No me entendió nadie más que Ana; pero algunas han andado á vueltas con Goldsmith desde entonces para descifrar el «enigma» (1).

Un año después escribe Macaulay: «Libro tontísimo é impertinente este de Mrs. Stow. Pone en mi boca una porción de niñerías que jamás dije, sobre todo acerca de las catedrales. ¡Y qué ligerezas comete! Roberto Walpole, por Horacio Walpole. A Shaftesbury, el autor del Acta del *Habeas Corpus*, le confunde con Shaftesbury, el autor de los *Caracteres*. No sabe ver siquiera. A Palmerston, que tiene ojos azules claros, le atribuye ojos negros. Me alegro de haberla visto tan pocas veces, y siento haberla visto ninguna.» El pasaje del libro de Mrs. Stow, á que Macaulay se refiere especialmente, dice así:

«Macaulay hizo algunas observaciones interesantes sobre las catedrales en general. Decía yo que rara vez sabemos quiénes fueron los arquitectos que proyectaron esas grandes construcciones, que á mi me parecían los más sublimes esfuerzos del genio humano.»

El dijo que todas las catedrales de Europa fueron obra indudablemente de una ó dos inteligencias; que se erigieron casi contemporáneamente y fueron cons-

(1) El enigma no es difícil, y su solución vale la pena de recorrer las pocas páginas de los poemas de Goldsmith.

truidas por cuadrillas ambulantes de albañiles bajo la dirección de alguna organización sistemática. Ustedes quizá sabían todo esto antes, pero yo no; así es que me interesó como una idea soberbia. Y, si no es esa la verdadera explicación del origen de las catedrales, merece serlo ciertamente; y, como solía decir nuestra abuela, «yo voy camino de crearlo» (1).

Macaulay pasó parte del verano de 1853 en Turnbridge Wells. El 11 de Julio escribe á Mr. Ellis que ha tomado una casa «en una situación deliciosa». La sala es excelente; el comedor se halla tan protegido por la sombra de los árboles y por una marquesina que aun al medio día está obscuro. El campo hermoso. Los brezos llegan á la puerta. Tengo un cuarto muy bonito para usted, un gran baño, Jerez de lo mejor; buen Champagne y Platón y Luciano». Macaulay había conocido á Turnbridge Wells en su infancia, y ahora encontraba un copioso manantial de placer en reavivar sus recuerdos del pasado. Era para él un goce volver á pisar los ladrillos rojos de los «Pantiles»: un antiguo centro de reunión, que, con extraño desdén por recuerdos literarios é históricos de que bien podría ufanarse cualquier ciudad, han rebautizado los habitantes con el título de la «Parade». ¡Como si un nombre que satisfacía á Johnson y á Garrick, á Richardson y á Cibber, al conde de Chatham y á Mr. Onslow, no fuese bastante bueno para nosotros! Los domingos, Macaulay iba á la iglesia «antigua, que tan bien recordaba, la misma que se erigió en los días de Carlos II, y que los tories quisieron dedicar á San Carlos már-

(1) *Sunny Memories in Foreign Lands*, carta XIX.—Ciertamente sería difícil encontrar una representación menos adecuada que esta, en fondo y forma, de la conversación de Macaulay.

tir». Y en más de un día de la semana se sentaba «en el gabinete de lectura de Nash, en el antiguo rincón que mira á los campos», y «se regocijaba al encontrar entre los libros el *Atormentador de sí mismo*, publicado en 1789, y la novela de Sally More, que no había visto desde 1816».

Pero, durante su permanencia en Turnbridge Wells hizo algo de más sustancia que reanudar conocimiento con esas añejas novelas que aún se pudrían en el fondo de los anaqueles de las bibliotecas circulantes. «He resuelto (escribe á Mr. Ellis) volver á leer á Platón. Ayer empecé con el *Fedro*, uno de los diálogos más elocuentes, ingeniosos y delicadamente irónicos. Dudo que exista ninguna obra de Platón que haya dejado tantas huellas en la literatura y filosofía de Europa. Y el hecho es tanto más notable cuanto que no hay ninguna obra antigua tan profundamente inficionada de lo que se mira en los tiempos modernos como la más odiosa de todas las especies de inmoralidad (1).»

Algunos días después dice: «He leído una buena parte de Platón; y cuanto más leo, más admiro su estilo y menos admiro sus razonamientos.»

La parte del Diario correspondiente al mes de Julio de 1853 está llena de notas sobre Platón. «Leí el *Pro-*

(1) «Leí el *Fedro* de Platón (dice en su Diario). Ironía, elocuencia y fantasía maravillosas. Pero ¡qué estado de moral! ¡Qué extravío de la imaginación! Macaulay detestaba la perversión de criterio (para usar los términos más blandos) que desfigura algunas de las obras más hermosas de la antigüedad. Al pie de Idilio XII de Teócrito escribe: «Un bello poema sobre un asunto odioso»; y al fin del tercer Idilio: «Un lindo poemita; pero es inferior á la segunda Egloga de Virgilio, á pesar de la gran inferioridad del asunto de Virgilio». Macaulay expresa al margen su placer al encontrar un griego que tenía los sentimientos de un hombre y que no se avergonzaba de confesarlos. Me agrada (escribe) que Demóstenes tuviese tan buen gusto.»

*tágoras* á la comida. Me enojan los pueriles juegos de vocablos de Sócrates. Es extraño que inteligencias tan poderosas se dejasen llevar de tan vanas falacias. Protágoras discurría seguramente mejor y de un modo más viril. Cada vez estoy más convencido de que el mérito de Platón estriba en su talento para la narración y descripción, en su retórica, en su humorismo y en su exquisito griego. Las introducciones al *Fedro*, al *Lisias* y al *Protágoras* son de primer orden; la mejor la del *Protágoras*.» Y en otro lugar: «Volví á casa, acabé la *Apología* y recorrí el *Critón*. Son cosa hermosa; pero los relatos del oráculo y el sueño son absurdos. Me figuro que Sócrates, con toda su habilidad en logomaquia, fué un viejo supersticioso muy extraño. La suma credulidad ha solido ir emparejada con la suma sutileza lógica. Testigos, algunos de los escolásticos. Testigo Juan Wesley. No me asombra mucho la violencia del odio que Sócrates provocó. Evidentemente se gozaba en empequeñecer á los hombres. Había en él cierta suave malignidad capaz de inferir heridas que debían escocer mucho tiempo, y el dominio que tenía de sí irritaba más de lo que hubieran irritado el triunfo ruidoso y la insolencia.» Macaulay, que gustaba de Platón por lo que él llamaba «engarce» de sus diálogos, clasificaba éstos según su belleza literaria más bien que por su mérito filosófico. En la época en que había leído el primer *Hippias* y la mayor parte de la *República*, y en que no había nada tan atractivo para él como las *Leyes*, el *Efebo* y el *Sofista*, volvió á dejar vagar su atención por los libros modernos. «Me fuí á pasear por los campos (dice), con un tiempo espléndido, y leí los *Misterios de París*. Sué ha desbandado á Platón completamente.»

El mes que pasó Macaulay en Tunbridge Walls no

fué todo una temporada de recreo. Hubo una circunstancia que le molestó con razón y que le impuso un gran trabajo inesperado, aunque bien invertido. «Tengo que hacer en Turnbridge Wells (rscribe) un trabajo con que no contaba. Un librero llamado Vizzelly, una especie de Curll (1), ha anunciado una edición de mis discursos *con autorización especial*, y ha tenido el descaro de escribir á lord Landsdowne, pidiéndole que acepte la dedicatoria.» Entonces mister Longman aconsejó á Macaulay que preparase inmediatamente para la publicación una colección de sus mejores discursos; y bajo la presión de las circunstancias, no tuvo más remedio que asentir, aunque á disgusto. «Vi (dice) que se deseaba realmente la publicación de los discursos. Por ello, muy contra mi voluntad, resolví dar una edición revisada y corregida. La preparación de esta edición me ocupará dos ó tres horas al día durante mis vacaciones. Muchos de los discursos tendré que volver á escribirlos de memoria, con ayuda de las reseñas que se hicieron en su día. Pienso añadir dos ó tres documentos oficiales: mi informe sobre la educación de los indígenas de la India y mi informe sobre el Acta Negra» (2).

«Esto exigirá algún tiempo (escribe en su Diario); pero yo no sé que hubiese concedido ese tiempo á mi *Historia*. Puedo retocar un discurso en el campo lo

(1) Macaulay tenía en las puntas de los dedos todo lo que se sabía en sus días sobre las relaciones entre Pope y el conocido editor á quien acusaba de haber impreso su correspondencia.

(2) En Enero de 1853 apunta en su Diario: «Traje de Westbourne Terrace un ejemplar de mi informe sobre educación de 1835, y me complació volver á verle después de diez y ocho años. Hizo una gran revolución.»

mismo que en la ciudad. La *Historia* es una cosa muy distinta. Al otro día de su llegada á Turnbridge Wells se puso á trabajar, copiando cada discurso desde el principio hasta el fin, á razón de nueve á quince páginas de impresión por día. El 14 de Julio dice: Montones de cartas. Escribí ocho ó nueve respuestas, y luego me ocupé del discurso sobre el *bill* de reforma del 5 de Julio de 1831. Escribí de firme durante varias horas. No pude salir, porque llovía á cántaros y soplaban un huracán. Escribí, á mi ver, con animación, é hice un discurso muy semejante al verdadero en lenguaje, y exactamente igual en contenido. Y el 4 de Agosto: «Continué con el discurso de Somnauth, que es de los mejores. No puedo menos de creer que el volumen tendrá algún éxito. Por lo menos, pienso realmente que le merecerá».

Hasta que apareció la edición de Mr. Vizetelly no conoció su víctima toda la extensión del perjuicio que le había causado. Cuán era el perjuicio y cuán á propósito para mortificar y excitar á Macaulay, puede verse en el prólogo á la edición á Logman de los discursos. Los lectores aficionados á los manjares fuertes no perderán el tiempo que inviertan en la lectura de ese prólogo. «El fondo de lo que he dicho—escribe Macaulay—aparece siempre desfigurado. La conexión de los argumentos se pierde en absoluto. En casi todas las páginas se ponen en mi boca desatinos exorbitantes. Un editor que no adoleciese de una crasa ignorancia comprendería que ninguna persona á quien haya escuchado la Cámara de los Comunes puede haber incurrido en tales despropósitos. Un editor que tuviese el más mínimo respeto por la verdad y por la reputación de la persona cuyos discursos ha tratado de dar á la estampa, hubiera recurrido á todas las

fuentes accesibles de informes, y cotejándolas entre sí, hubiese presentado una obra que siquiera no contuviese completos absurdos. Pero yo, desgraciadamente, he tenido un editor que no se proponía más que ganar unas cuantas libras y que estaba dispuesto á sacrificar á ese fin mi reputación y la suya.

Podría llenar un volumen con ejemplos de la injusticia con que he sido tratado. Pero me limitaré á un solo discurso, al discurso sobre el *bill* de las capillas de disidentes. He elegido ese discurso, no porque la versión que da de él Mr. Vizetelly sea peor que la que da de otros treinta ó cuarenta, sino porque tengo á la vista una reseña de ese discurso, que un editor honrado y diligente hubiese estimado su primer deber consultar. La reseña á que me refiero fué publicada por los disidentes unitarios, que, como es natural, deseaban que constase con exactitud lo que había pasado en un debate profundamente interesante para ellos. Macaulay procede después á enumerar detalladamente los absurdos que se le habían atribuido. Esos ejemplos—prosigue—supongo que parecerán suficientes. Todos ellos se contienen en siete ú ocho páginas. Se notará que todas las faltas que he apuntado son faltas graves de substancia. Las faltas más leves abundan. En cuanto á la de sintaxis y estilo, difícilmente habrá una frase, entre ciento, libre de ellas.

Yo no puedo permitir que se me exhiba de esa manera ridícula y degradante, en beneficio de un hombre sin escrúpulos. Por eso, contra mi voluntad, y sólo en propia defensa ofrezco al público este volumen... No me queda, en conclusión, más que suplicar á los lectores de este prólogo que me perdonen el haber hablado tanto de mi persona; cosa que ha hecho necesaria una

gran injusticia, y que es tan desagradable para mí como pueda serlo para ellos.

Cuando se publicaron sus discursos, Macaulay había ya dejado de ser un hombre político. Embebido en su *Historia*, concedía poca atención á lo que pasaba en Westminster. «Hoy (escribe el 13 de Febrero de 1854) va á presentar lord John su nuevo bill de reforma. Había pensado ir, pero no me atrevo. Me tiene preso este viento del Este. ¡Qué mundo tan distinto de aquel á que agitaba el primer bill de reforma! ¡Qué día tan distinto este del 1.º de Marzo de 1831, que forma época en mi vida como en la vida de la nación!» Ahora iba tan poco á la Cámara de los Comunes, que su presencia allí era casi un acontecimiento. Algunos representantes antiguos recuerdan cómo, si por acaso se le veía detrás del sillón del *Speaker*, algún amigo ó conocido se dirigía á trabar conversación con él, y en seguida el espacio quehabía en derredor se veía tan concurrido como en los cinco minutos que preceden á una votación de supremo interés. Se resistía mucho á seguir llamándose miembro del parlamento. «Me asedia la idea de que no debo continuar en la Cámara de los Comunes (escribía á Mr. Blanck). Creo que estoy procediendo poco noblemente con un cuerpo de electores que ha sido tan generoso conmigo.» Pero la población de Edimburgo pensaba de otra manera; y las vivas y repetidas instancias de sus principales amigos le obligaron á conservar durante algún tiempo el título de representante de su ciudad.

Aunque como estadista había pasado su época, Macaulay seguía con profundo interés las vicisitudes de su país durante los importantes años de 1854 y 1855. Era patriota, si los hubo. Con dificultad se encontraría nadie, grande ni pequeño, que más sincera y permanen-

temente se enorgulleciese de ser inglés. «Cuando viajo por el continente—solía decir— me complace pensar que no soy ciudadano de una ciudad de tantas.» Celebraba todo signo que demostrase que no había decaído la fuerza militar de la nación, y que su espíritu se conservaba tan alto como siempre. Mucho antes de que los asuntos del oriente de Europa tomaran un aspecto amenazador, había estado intranquilo respecto al estado de nuestro armamento. En Noviembre de 1852 escribe: «Joe Hume me encareció muy vivamente la necesidad de la unión de los liberales. Me habló mucho acerca de la cuestión electoral. Yo le dije que fácilmente podía venir á un arreglo con él y sus amigos en lo tocante á esas materias; pero que había otras cuestiones sobre las cuales temía que existiese una diferencia irreconciliable, particularmente la vital cuestión de la defensa nacional. Pareció completamente confundido, y no tuvo nada que decir. Estoy firmemente decidido á hacerles tragarse sus palabras sobre este punto ó á no tener ninguna relación política con ellos.

Macaulay siguió la marcha de la guerra rusa en todas sus fases con hondo interés, pero con claro juicio. Manifestaba francamente su desdén hacia las murmuraciones que acusaban al príncipe Alberto de haber intervenido bajo cuerda en las negociaciones que precedieron á la ruptura de hostilidades. En una carta fechada el 17 de Enero de 1854 dice: «Las habladurías contra el príncipe Alberto no son más que una manera de gastar el tiempo hasta la reunión del parlamento. Si él tiene la sensatez y el valor de despreciarlas, se desvanecerán como humo y se olvidarán. No creo que haya hecho nada anticonstitucional, y estoy seguro de que los que gritan más fuerte no